

Los perros de San Bernardo, que se han hecho famosos por su instinto para descubrir y socorrer a los viajeros perdidos entre la nieve.

EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES

AL hablar del lenguaje de los animales no queremos significar que éstos posean un idioma real y verdadero, como el nuestro, sino que se comunican sus sensaciones, necesidades y movimientos pasionales, por otros medios que no son precisamente la palabra articulada, como vehículo de conceptos abstractos y de ideas generales.

¿Cómo, pues, podemos afirmar que los animales hablan? Porque así lo inferimos de su manera de obrar. Los caballos, por ejemplo, piafando, relinchando, bufando y valiéndose de otros medios, se entienden entre sí, y se esfuerzan por hacerse entender de sus amos. Los perros saben también significar, ya por la mímica de sus movimientos, ya por su diferente manera de ladrar y aullar, lo que sienten o quieren, lo que les agrada o desagrada. Análogo fenómeno se observa en los gatos, y en los animales que habitan en las montañas, las llanuras y las selvas. Las aves usan fórmulas de expresión mucho más armoniosas que los demás animales, y los insectos son tal vez los que disponen de medios más variados para ponerse en relación unos con otros.

Tarea larga, y nada fácil, por cierto, sería la de exponer los signos peculiares de que se valen las diversas especies de animales para comunicarse entre sí; por lo que forzosamente habremos de ceñirnos a observaciones generales y a describir algunos hechos curiosos que ilustran de un modo especial esta materia.

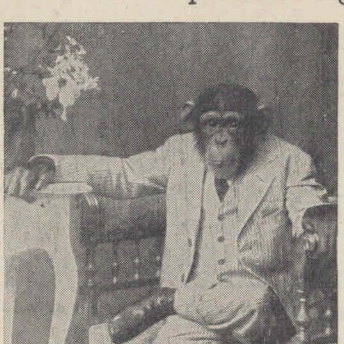
Aunque el grito inarticulado, en una gran variedad de formas, constituya el medio más común y frecuente de *hablar* los irracionales, no debemos creer que no usen de otros expedientes, tales como el salto, el ademán, el gesto y diversos movimientos de expresión mímica. Un ejemplo aclarará lo que acabamos de decir.

Supongamos que una persona venida de un país remoto, donde no se tiene idea alguna del alfabeto de signos, usado por los sordomudos, viera a dos de éstos *hablándose por los dedos*; ¿podría esa persona suponer que estaban conversando? Seguramente no. Pues bien, los animales se valen para entenderse de signos análogos a los que emplean los infelices que carecen del uso del oído y de la palabra.

Comencemos por el peldaño más elevado de la escala animal, o sea, por los simios. Todo el que haya observado su manera de proceder en situaciones difíciles y apuradas, no podrá menos de convenir en que de hecho procuran

hacerse entender, y lo consiguen de ordinario entre los animales de su especie.

Tal vez algunos de nuestros lectores habrán oído hablar de aquella orangután, llamada Juanita, que se hizo famosa por las prodigiosas habilidades que ejecutaba bajo de la dirección de su amigo y domador, que era al mismo tiempo su dueño. Un día éste fingió enfadarse con Juanita, por haberse separado de su jaula más de lo conveniente. Entonces el animal corrió presuroso hacia su amo, a fin de desenojarlo; echóle los brazos al cuello, besóle y estuvo cuchicheándole al oído, hasta que creyó haber obtenido el perdón. El domador, claro está, no entendió lo que en sus cuchicheos quería significarle, pero otro orangután lo hubiera entendido indudablemente.



Un simio con aire de persona respetable.

Otro notable caso demuestra palmariamente que los animales pueden ponerse de acuerdo y comunicarse órdenes para ejecutar un plan determinado. El ilustre explorador y naturalista alemán Brehm, encontró durante un viaje una tribu de mandriles, en cuya persecución partieron dos atrevidos perros que acompañaban a la expedición. Escaparon asustados los mandriles, pero dejaron abandonada en su huída una hembra pequeñita. Brehm azuzó a los perros para que la dieran caza, mas cuando éstos iban ya cerca de alcanzarla, resonó entre los monos un prolongado clamor, y mientras así lanzaban su grito de guerra para atemorizar a los canes, un mandril viejo y corpulento descendió de las rocas, veloz, aunque tranquilo, arrebató a la cría casi ya de las fauces de los perros, púsola en lugar seguro y la escudó con su cuerpo hasta que llegaron sus compañeros. Dos días después, tropezó Brehm de nuevo con la misma tribu. Lanzaron, como anteriormente, los monos su grito de alarma; disparó el explorador su rifle contra ellos; las hembras corrieron con sus pequeñuelos a esconderse detrás de unas rocas, y, entre tanto, los machos fornidos, rugiendo amenazadores, distribuyéronse por distintos puntos del bosque y empezaron a arrojar grandes piedras sobre Brehm y sus compañeros. Todos los mandriles parecían obrar siguiendo las instrucciones que su jefe les dictaba; y uno de ellos encaramóse en un árbol, con una piedra en la mano, por entender, sin duda, que era aquélla una posición ventajosa para arrojar con mayor eficacia el proyectil.

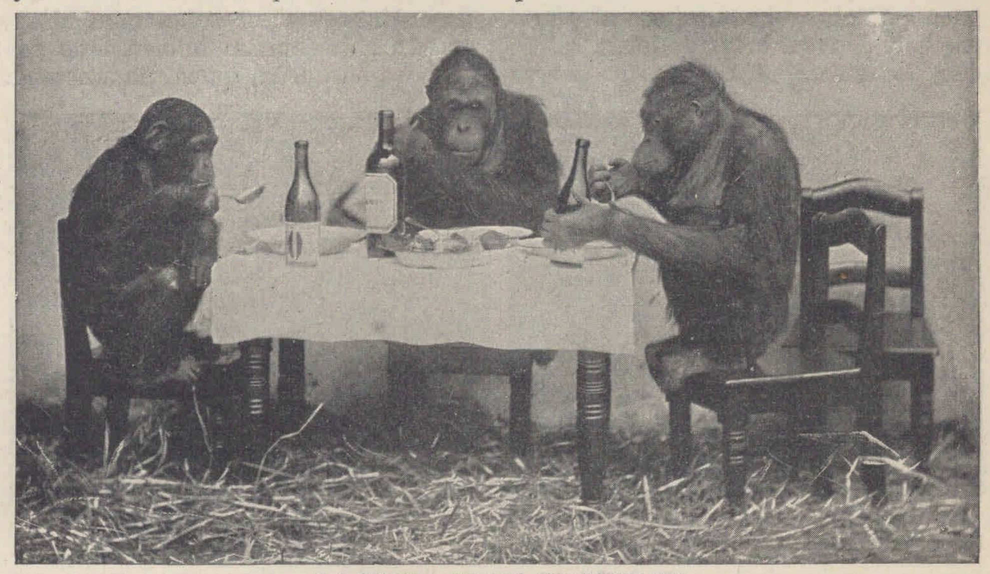


De paseo.

He aquí otro ejemplo, más notable todavía. En el cabo de Buena Esperanza, una tribu, también de mandriles, había robado de un cuartel algunas prendas de ropa, y el teniente Shipp envió un pelotón de soldados para recuperarlas. Al verlos los mandriles, corrieron en dirección a unas cavernas, a las cuales trataron los soldados de impedirles el acceso. Los monos, sin embargo, lograron llegar antes, y después de apostarse cincuenta de ellos para cerrar el camino que conducía a las guaridas, y de distribuirse los demás, a modo de guerrillas, por las vertientes del monte, empezaron a dejar

caer grandes piedras sobre sus perseguidores. Un viejo mandril de blanca cabeza, a quien todos los soldados conocían perfectamente, porque solía realizar con frecuencia visitas amistosas al cuartel, dirigía la operación. Sus gritos parecían órdenes de general en jefe, y la tribu entera arreciaba en su pedrea, obedeciendo ciegamente aquellas indicaciones. Ello es, que los soldados tuvieron que retirarse ante aquel ejército de simios, que sabían conducirse como seres humanos, acatando las disposiciones de un caudillo.

No es fácil estudiar el lenguaje de animales tan feroces como los leones y tigres. Sabemos, sin embargo, que el león ruge con voz de trueno para aterrorizar a su presa o para retar a combate a otros leones; pero cuando los machos hablan con las hembras, emplean un bramido apacible, y hacen al objeto de sus amores ese dulce ronquido peculiar a todos los felinos. No es más fácil de describir el lenguaje de los tigres; pero la siguiente anécdota nos dará de él una idea. Hace ya algunos años, un hombre que se hallaba descansando, después de un día de caza, en la India, sintióse de repente aplastado contra el suelo, y, al recobrar el conocimiento, observó horrorizado que un tigre corpulento lo llevaba suspendido de sus fauces. Transportóle de esta suerte a una distancia de dos kilómetros y medio, depositándolo, por fin, sobre el suelo. El infeliz tenía destrozado un hombro, y no se atrevió a moverse, si bien se las ingenió para asir su fusil con la mano derecha. La tigre, pues era una hembra, levantó la cabeza y lanzó un grito suave y prolongado. Contestáronle de un matorral cercano, del cual salieron al punto dos cachorros, hijos suyos, que acudieron presurosos, dando saltos. Cuando vieron al hombre tendido a los pies de su madre, asustáronse de un modo terrible. Pero ella empezó a rugir con dulzura y a atraerlos con suaves ronquidos, y cogiendo al cazador con los dientes, zarandeólo sin violencia y empezó a pasárselo de una garra a otra, como acostumbran a hacer los gatos con los ratones. Decíales, sin duda, con la voz y la acción, que se acercasen a devorar al hombre. Por fin, tras de mucho vacilar, aproximáronse, y empezaron con sus menudos



LA COMIDA DE LOS ORANGUTANES

Estos simios, tan semejantes al hombre, poseen una inteligencia notable, y su manera de portarse imita admirablemente la de los seres humanos. No sólo conversan entre sí, sino que tienen la costumbre de cuchichearse al oído, como si se entendiesen unos a otros.

dientes a mordiscarle las piernas, hasta que el cazador logró, con disimulo, levantar el fusil y matar a la tigre de un tiro en el corazón. Los tigres amansados maullan para llamar a sus domadores, y roncan de satisfacción cuando aquéllos les contestan. Producen un sonido cuando solicitan agua, y otro distinto cuando lo que desean es comida.

Si vemos a media docena de muchachos reunirse, juntar todos las cabezas y separarse después para ejecutar cualquier maniobra, supondremos al punto que han convenido algún plan. Pues bien, lo mismo se nos ocurre pensar cuando vemos que ciertos animales ejecutan movimientos análogos. Vióse en una ocasión a dos zorras descender por un estrecho valle rocoso, detenerse en el fondo del mismo, y, después de juntar las cabezas, como si algo se dijesen, esconderse una de ellas en un matorral y remontar la otra la ladera que acababan de bajar. De allí a poco vióse venir una liebre a toda carrera, perseguida de cerca por la zorra que se había marchado; pero como pasara con la velocidad de un relámpago por el lugar donde la otra zorra estaba oculta, arrojóse esta última sobre la liebre un segundo después de lo debido, y ésta logró escapar. Entonces la segunda zorra detúvose al llegar donde estaba la primera, expresó su contrariedad por medio de un gruñido de rabia, y atacó a la torpe que había hecho fracasar el plan concebido por ambas.

No cabe duda de que los gatos tratan de hablar a sus dueños, siendo frecuentes los casos en que estos animales salvan a las personas de su particular amistad de los peligros inherentes a los incendios que estallan cuando la gente de casa está entregada al sueño. En Londres, una noche del mes de Septiembre de 1906, dió un gato una prueba admirable de instinto y afecto. Los maullidos y arañazos del animal hubieron de despertar a su dueña, quien, no acertando a explicarse la conducta del minino, tan manso y cariñoso de ordinario, levantóse despavorida y miró a su alrededor, descubriendo inmediatamente la causa del desasosiego del gato. El marido de esta señora había sido acometido de un accidente y yacía en tierra gravísimamente enfermo; y el solícito animal había llamado para que socorriesen al accidentado.

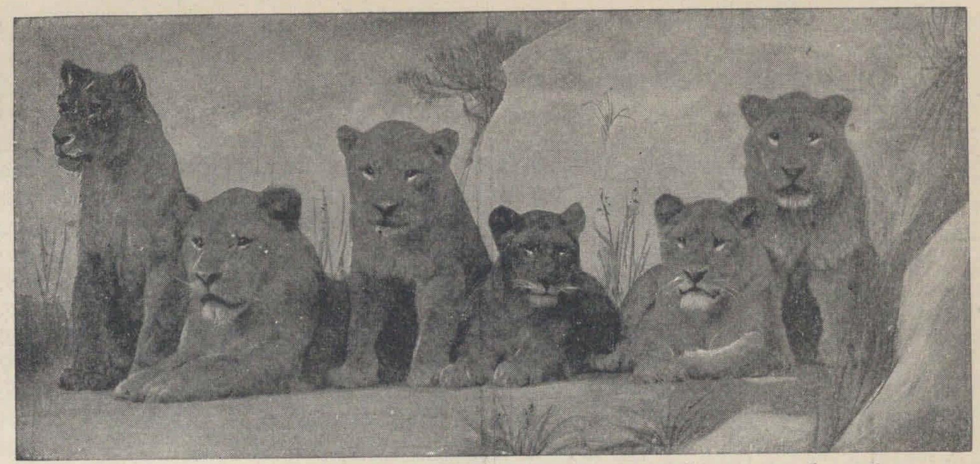
Un sacerdote, no hace de esto mucho tiempo, vió llegar por las tapias del jardín de su casa a un gatito pequeño que había permanecido ausente por espacio de una semana. La gata madre se hallaba tendida sobre el césped, y el gatito, que venía gordo y alegre, después de tan larga ausencia, acercóse a ella, y juntaron los dos las cabezas, como si





UN ELEFANTE PEQUEÑO LLORANDO LA MUERTE DE SU MADRE

Los elefantes demuestran ciertos sentimientos semejantes a los de las personas. En el primero de estos grabados vemos un elefante pequeño tratando de despertar con el pie a su madre, que está muerta; y en el segundo le vemos en actitud de lanzar fuertes gritos de dolor por su fallecimiento.

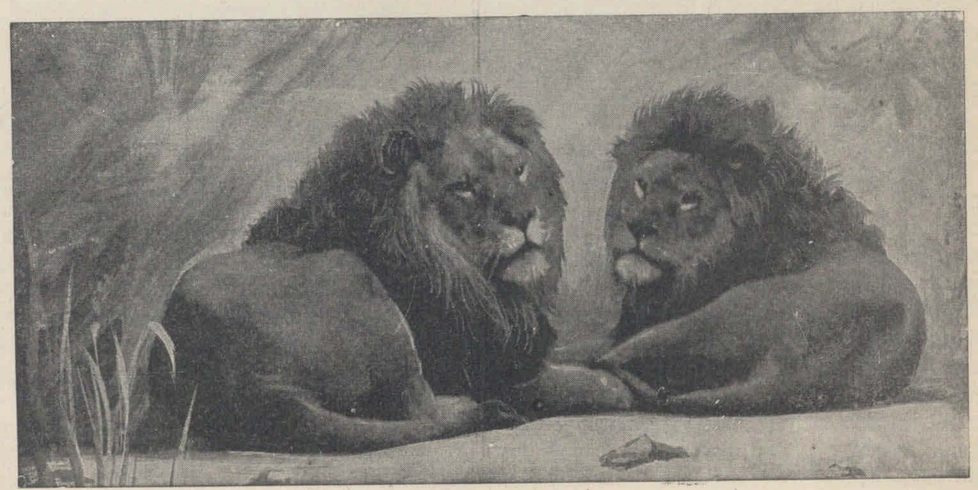


Leones cachorros, contemplando con curiosidad la cámara que tomó la presente fotografía.

conversaran. A los pocos instantes, saltaron ambos la tapia y se marcharon. Estuvieron alejados de la casa durante más de una semana, y regresaron después en perfecto estado de gordura. Indudablemente, el gatito, la primera vez que vino, debió dar la noticia a su madre de algún descubrimiento apetitoso, y ella se marchó también a compartir con él su buena suerte.

Los lobos efectúan notables preparativos antes de comenzar la caza del venado. Se reúnen todos en un sitio, como para acordar el plan de la batida, y se separan después, situándose cada uno en un lugar distinto. Hecho esto, se aproxima uno de ellos al venado y lo acosa en dirección conveniente. El ciervo es demasiado veloz para que pueda el lobo alcanzarlo en su primera carrera; pero al llegar al escondite de otro lobo, salta éste y lo sigue persiguiendo durante otra cierta distancia; un tercero lo acosa hacia otra emboscada; un cuarto prosigue la caza, acosándolo siempre hacia el lugar donde hay otro lobo oculto, hasta que, finalmente, uno de los cazadores consigue darle alcance. Entonces llegan todos y se reparten la presa.

Es cosa natural que esperemos hallar en el elefante una inteligencia superior



Una interesante conversación entre dos leones.

a la de los demás animales, y así sucede, en efecto.

Este paquidermo posee una voz semejante a la de un clarín, para comunicarse con sus compañeros a grandes distancias, y Mr. W. T. Hornaday que, hace ya algunos años, estuvo en la India con objeto de adquirir elefantes para el parque zoológico de Nueva York, nos refiere de qué modo la utilizan. Dióse una batida contra un rebaño de elefantes salvajes y logróse dividirlos en dos grupos, uno de los cuales encaminóse hacia el Norte y el otro hacia el Sur, acampando los cazadores entre ambos. A eso del oscurecer, empezaron los elefantes de los dos grupos a comunicarse entre sí por medio de sonidos semejantes a los de una corneta cuando toca llamada a las tropas. Uno de los grupos llamaba y el otro respondía, y pronto comprendieron los cazadores que los dos avanzaban en dirección contraria, a fin de reunirse, como en efecto lo consiguieron, guiados por sus mutuas señales. Eran éstas, afirma el cazador, sonidos semejantes a los de una corneta, y en nada se parecían a ese resoplido especial que produce el elefante cuando come.



UNA ZORRA PRECAVIDA

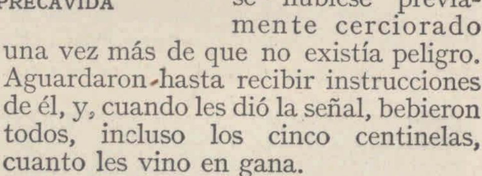
Pero existe un lenguaje mudo que emplean los elefantes con frecuencia.

Debemos recordar que en épocas de grandes sequías se agotan muchas charcas donde suelen beber los animales; de suerte que gran número de fieras vense obligadas a acudir a satisfacer su sed en otras charcas, que aun conservan algún resto de agua, donde los enemigos se ponen con este motivo en contacto, habiéndoles enseñado la experiencia que el hombre suele ocultarse en sus alrededores con el propósito de cazarlas.

En cierta noche oscura de verano, un oficial inglés encaramóse en un árbol elevado, que dominaba uno de estos bebederos, con ánimo de esperar que viniese a saciar en él su sed un rebaño de elefantes. Aguardó por espacio de dos horas, sin descubrir el menor signo de vida, al cabo de las cuales, un enorme elefante, de esos que sirven de guía a los rebaños, salió del bosque, encaminóse a la charca con mucha precaución, y se detuvo a su orilla, inmóvil, escuchando.

Satisfecho, al parecer, del resultado de su exploración, regresó al bosque y volvió al poco rato acompañado de otros cinco elefantes. Marcharon todos con lentitud hacia el agua, y el que hacía de jefe colocó a los demás de guardia, de trecho en trecho, alrededor del bebedero. Regresó de nuevo al bosque, y al volver esta vez lo hizo con todo el rebaño.

Ochenta elefantes avanzaron en tropel hacia el agua, ansiosos de apagar su sed, pero no sin que el que los conducía se hubiese previamente cerciorado una vez más de que no existía peligro. Aguardaron hasta recibir instrucciones de él, y, cuando les dió la señal, bebieron todos, incluso los cinco centinelas, cuanto les vino en gana.



El oficial, que los contemplaba admirado, adquirió el convencimiento de que todo aquel plan había sido convenido de antemano, y de que el rebaño obraba bajo la absoluta tutela y dirección del hermoso animal que lo conducía. Aquello era un triunfo espléndido del lenguaje mudo.

En los elefantes domesticados nos es fácil observar algunas cosas realmente admirables. Dos elefantes domesticados tenían que subir con sus cargas a un lugar tan escarpado de la montaña, que sus conductores colocaron troncos de árboles para que les sirviesen de escalones. Al primer elefante que subió

no hubo de agradarle el camino, y se quejó, con grandes gritos, al que esperaba abajo. Éste lo contemplaba con mucho interés, y no podía estarse quieto, moviéndose sin cesar de un lado a otro, experimentado el de abajo; en cuanto le fué posible, alargó su trompa al que subía, y, enlazándola con la de éste, ayudóle a remontar los últimos peldaños.

¡Qué escena de alegría y regocijo



DOS PERROS DE CAZA CONDUCEN A UN MASTÍN HERIDO A UNO DE LOS HOSPITALES DE LONDRES

como si tratase de ayudar a su compañero, de la misma manera que observamos que los hombres mueven sus manos y pies cuando contemplan ciertos ejercicios gimnásticos.

Por fin llegó el primero a la cumbre, y le tocó al otro el turno. Entonces el que estaba arriba dió muestras de la misma nerviosidad que antes había desarrollóse entonces entre ambos! Abrazáronse con sus vigorosas trompas y permanecieron un rato frente a frente, como dándose el parabién por su afortunada ascensión.

Una palabra ahora acerca de las conversaciones de las pocilgas. Permítasenos recordar, ante todo, que los cerdos son, por naturaleza, de los más

limpios e inteligentes entre todos los animales; sólo la incalificable crueldad con que se ven tratados por el hombre es lo que les obliga a adquirir los hábitos repugnantes que en ellos observamos.

Cuéntase de un cerdo famoso, a quien su amo enseñó a buscar y traerle la caza que derribaba.

Tratábase de una puerca que tenía muchos hijos, y observó que éstos iban desapareciendo, uno a uno, mientras ella cazaba con su amo. Lo que ocurría era que la familia del dueño se los iba comiendo poco a poco. Una noche, la puerca desapareció de la casa, y su dueño despachó varios hombres para que la buscasen, los cuales la encontraron, con el resto de sus pequeñuelos, en los linderos de un bosque, acariciándolos con las más tiernas expresiones del lenguaje de los cerdos, y conduciéndolos a un lugar seguro, lejos de la pocilga desde la cual habían pasado al asador tantos de sus hermanos, durante la ausencia de la madre.

Ignoramos los signos de expresión que usan las ballenas; pero lo que sí sabemos es que las hembras son madres excelentes, que combaten hasta perder la existencia en defensa de sus hijos.

Tambíen son muy valientes las focas. El macho defiende a la hembra hasta perder la vida por ella. La madre, en cambio, no aguarda al atacante: llama a sus hijos con una voz que recuerda el balido de la oveja, y ellos, al escucharla, se arrastran hasta el agua. Con este mismo grito los llama cuando no amenaza el peligro, y con ellos se sumerge en el mar, para enseñarlos a nadar, cuando todavía son pequeños.



CÓMO CRUZAN LOS MULOS UNA SENDA AL BORDE DE UN PRECIPICIO, EN LOS PIRINEOS

Estos animales dan muestra de poseer una penetración admirable. Cuando se encuentran en un sendero estrecho, los mulos que caminan en una dirección se echan, y permanecen perfectamente quietos, mientras los que vienen en opuesto sentido pasan sobre ellos, como se ve en este grabado.

Todos hemos observado que las ratas y los ratones tienen una manera especial de entenderse. Si una rata descubre por la noche un sitio donde existe bastante comida, vuelve a la

noche siguiente llevando en su compañía una docena de colegas, los cuales, a su vez, invitan la tercera noche al banquete a otra docena de roedores cada uno.

¿Y qué diremos del lenguaje de las ranas? Las ranas se entienden muy bien entre ellas. Si nos acercamos sigilosamente a un estanque donde hay ranas, en una noche cálida de primavera o del comienzo del verano, oiremos como croan las ranas en ruidosa algarabía. Pero si hacemos el más insignificante ruido, oiremos entonces un chillido agudo y enérgico, después una serie de zambullidas, y, más tarde, un perfecto silencio. Una de las ranas ha dado la señal de peligro, y todas las demás se han arrojado al agua.

Pasando de los animales salvajes a los domesticados, nadie que sepa algo de las costumbres de los burros dudará de que estos animales se llaman unos a otros y se reconocen y acarician. En otro lugar de esta enciclopedia se da la fotografía de una jaquita de Shetlandia que sabe hablar con los burros. Esta jaquita pasa una hora o dos cada día en un prado contiguo a su establo, y, a veces, se ve un burro en el campo inmediato al suyo. Cuando lo descubre la jaca, recorre a galope tendido su pradera, se dirige después hacia la cerca, y relincha. Al escucharla el asno, se aproxima al otro lado de la cerca; entonces aguarda la jaca a que su amigo introduzca la cabeza por entre los barrotes de aquélla, y le mordisquea el cuello suavemente, caricia que, en idéntica forma, le devuelve él a su vez, prestándose de este modo un mutuo servicio, que tanto agrada a los asnos y caballos.

Posee esta jaca un lenguaje especial, del que se sirve para atraer a la gente a su cuadra. Por medio de un relincho agudo anuncia que, a juzgar por su apetito, debe de ser ya la hora de que le traigan el pienso; y mediante un relincho muy bajo expresa el placer que le produce el sonido que le indica que se acercan unos pasos conocidos. Si tiene deseos de salir, llama a la puerta, con una de las patas delanteras, y, si se le concluye el agua, golpea el bebedero hasta que alguien acude a llenárselo.

Pero, ¿qué diremos del perro y de la manera admirable que tiene de expresar el contento o el disgusto, el cariño, la ira, etc.?

Además, casi todos los canes dan pruebas de entender lo que de ellos se desea. Un caso de los más típicos ocurrióle a un caballero que hablaba con un pastor escocés acerca del perro de este último. El pastor, para hacer ver a su interlocutor la inteligencia admirable del animal, intercaló en medio de una frase estas palabras: «Me parece, señor, que la vaca se ha metido en el patatal». El perro, instantáneamente, dió un brinco, saltó por la ventana y se encaramó en el techo de la choza, con el fin de descubrir un horizonte más amplio; mas, no viendo a la vaca en el lugar donde estaban sembradas las patatas, fué al establo, vió que se encontraba en él, y volvió tranquilamente a echarse a los pies de su amo. Repitieron el juego, con el mismo resultado, y como, por tercera vez, dijese el pastor: « Las vacas se han metido en el patatal, señor », el perro limitóse a ponerse en pie, a lanzar un cariñoso aullido y a enseñar los dientes a su amo, como si se sonriera; y, acurrucándose a la vera del fuego, negóse a salir nuevamente.

Los ladridos y lamentos de los perros constituyen un lenguaje no exento de elocuencia. Puede decirse, además, que estos animales nos hablan con los movimientos de la cola, y con los saltos y contorsiones de su cuerpo. Pero, ¿cómo se hablan los perros entre sí? Es posible que, a veces, se transmitan lo que pasa en su interior, sin necesidad de sonidos, de la misma manera que hoy día se transmiten los telegramas sin necesidad de alambres; y, como ejemplo de ello, véase el siguiente caso.

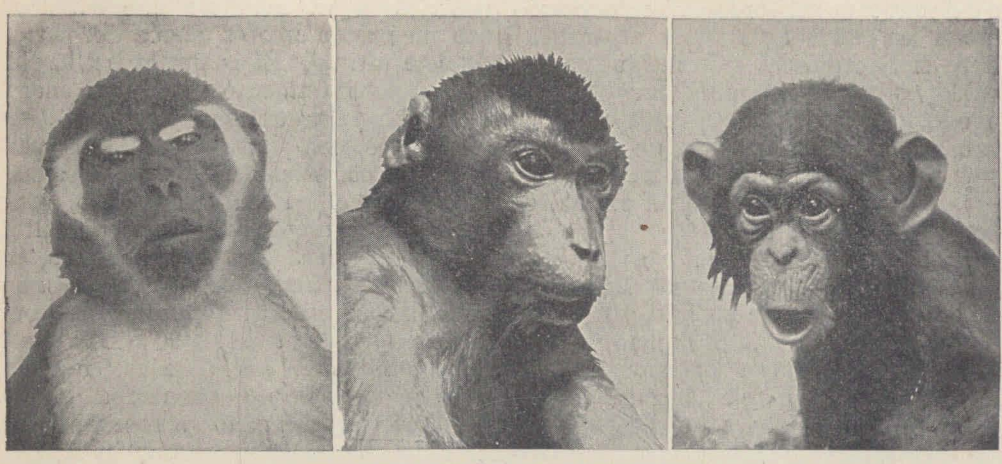
Un perro, ya casi criado, hallábase sobre la tapia de un jardín, en tanto que su padre permanecía al pie de ella. De repente, descubrió el de arriba un enemigo: un perrazo que venía por el

camino. Saltó el cachorro inmediatamente de la tapia y se aproximó a su padre. Juntaron los dos las cabezas y, al parecer, estuvieron conferenciando durante breves momentos. Después se encaramaron ambos en la tapia, saltaron al camino y corrieron con todas sus fuerzas detrás del corpulento perro. Separadamente, ninguno de los dos hubiera podido atacar al tercero, con esperanzas de éxito; juntos, hubieran dado buena cuenta de él, si su amo, que los siguió por espacio de algún tiempo, no los hubiese llamado, obligándolos a volver.

Más admirable aun, por tratarse de una acción meritoria, fué lo hecho por un perro de aguas a quien un médico encontró cojo. Recogiólo, condújolo a su casa y dejólo marchar nuevamente después de haberlo curado. Al cabo de unos cuantos meses, regresó ya repuesto del todo, pero traía consigo un compañero, el cual tenía una pata lastimada, y con sus miradas y aullidos, parecía el primero suplicar al doctor que hiciese con su amigo lo mismo que había hecho con él.

Otro incidente notable ocurrió una vez en un hospital de Londres. Presentáronse un día en él tres perros, dos de los cuales eran de caza y pertenecientes a un librero muy conocido.

Estos dos estaban buenos, pero entre ambos conducían a un gran mastín que se había lastimado. Los dos perros de caza vivían junto al hospital y, según explicó su amo, veían a cada momento conducir allí a las personas que recibían algún daño, de lo cual dedujeron que en un lugar donde se auxiliaba a las personas que lo habían menester, no serían rechazados los perros que implorasen socorro. Pero, ¡considérese qué elocuencia no tendrían que desplegar para persuadir al mastín de la conveniencia de dejarse conducir al hospital!



EMOCIONES EXPRESADAS POR MONOS

En estas tres fotografías pueden verse distintas emociones experimentadas por simios, los cuales las manifestan en forma casi humana. En el primer retrato, el mono expresa el desdén, frunciendo las cejas y alargando el hocico, ni más ni menos que como pudiera hacerlo una persona. En el centro, se ve a otro mono entregado a serias reflexiones. Y, por último, a la derecha, la sorpresa se ha apoderado del animal, y la da a conocer abriendo mucho los ojos y la boca.

